

*Un palacio de libros en los trópicos:  
metáforas, proyectos y la fundación  
de la Biblioteca Nacional  
en Río de Janeiro*

*Nelson Schapochnik*

Universidad de São Paulo (USP), Brasil

«Ainsi, le problème des bibliothèques se révèle-t-il un problème double: un problème d'espace d'abord, et ensuite un problème d'ordre».

Georges PEREC, «Notes brèves sur l'art et la manière de ranger ses livres», *Penser/Classer*.

*Resumen:* En este texto se analiza el proceso de creación y desarrollo de la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro (Brasil). Dicho proceso se vio condicionado por diversos proyectos político-culturales que divergían a la hora de comprender la función y el uso social de la biblioteca. Partiendo de la idea de biblioteca real, entendida como emplazamiento reservado en el que se guardan los tesoros culturales vedados a la mayoría de la población, hasta el concepto de biblioteca nacional, asociado al Estado liberal, la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro ha conocido una interesante evolución como espacio de lectura que podemos conocer en este trabajo.

*Palabras clave:* libros, bibliotecas, cultura, lectores, lectura.

*Abstract:* Nelson Schapochnik studies the process of foundation and development of the National Library in Río de Janeiro. This process was determined by several political and cultural projects that defend different ideas about the function and the use of the library. The concept of royal library implied a building dedicated to the preservation of books, that were considered as cultural treasures. On the other hand, the idea

of national library was associated to the liberal political project, understanding books as a part of the inheritance of the nation.

*Key words:* books, libraries, culture, readers, reading.

El uso del término «palacio» para designar una biblioteca es recurrente en los informes de los funcionarios de la Biblioteca Nacional y en los registros memorialísticos consultados. Aparece como una metáfora preciosa para indicar el local donde se concentra y dispone un variopinto conjunto de saberes, materializado en forma de libros, grabados y manuscritos. Independientemente de su naturaleza, pública o privada, sagrada o profana, antigua o moderna, toda biblioteca presupone no sólo una categorización de los materiales allí encerrados, sino también una determinada organización espacial, en cierta manera anterior a la clasificación y disposición de aquel repertorio.

Espacio de lectura donde un lector silencioso busca satisfacer sus placeres egoístas o lugar en el que un grupo acompaña el ejercicio de descifrar un texto realizado por otros, la biblioteca es una construcción, una intervención sobre un territorio. Pero, sobre todo, es habitado por un mito avasallador:

«Babel y Alejandría son los dos polos fundamentales de este imaginario. Por un lado, el imperio de los signos con sus juegos de espejos y de *mise-en-abîme*, sus lazos hipertextuales que se desdobl原因 en laberintos escapando, al fin, de todo control intelectual: la biblioteca como metáfora del infinito, del tiempo inmóvil, de la inmensa sincronía de todas las palabras y pensamientos; ya formulados, con el riesgo de la pérdida del sentido y la referencia. Por otro, el incendio, la ruina, el olvido, la muerte: la biblioteca o la pesadilla de la destrucción, la obsesión por lo irremediable, la interrupción brutal de la transmisión»<sup>1</sup>.

A pesar de estar integradas en el escenario cultural del siglo XVIII, las nuevas bases institucionales de la lectura implantadas en la ciudad de Río de Janeiro en las cuatro primeras décadas del siglo XIX tuvieron una existencia errante. Sometidas a sucesivos desplazamientos, las bibliotecas y los gabinetes de lectura ocuparon las más distintas instalaciones, que incluyeron desde las dependencias de un hospital (Biblioteca Pública) y habitaciones de hoteles (British Subscription

<sup>1</sup> JACOB, C.: «Préface», en BARATIN, M., y JACOB, C. (dirs.): *Le pouvoir des bibliothèques*, París, Albin Michel, 1996, p. 13.

Library), hasta residencias particulares (Gesellschaft Germânia, Gabinete Português de Leitura, Bibliotheca Fluminense, Biblioteca Pública), cuando no compartieron su edificio y sus funcionarios con otras instituciones (Biblioteca Municipal). Como se puede notar, las bibliotecas fueron adaptadas a espacios previamente forjados para otros usos, lo que generaba, de tiempo en tiempo, quejas generalizadas por parte de los administradores y funcionarios, que se veían obligados a empaquetar los libros y desmontar parte del mobiliario para después realizar la operación inversa, remodelando la biblioteca de acuerdo con las nuevas instalaciones.

El nomadismo de las bibliotecas se producía básicamente por dos motivos: los escasos recursos de que disponían, provenientes de suscriptores o de los cofres públicos, y la opción deliberada, siempre que era posible, por invertir para ampliar los fondos. Ahora bien, el vértigo suscitado por la ambición de adquirir más y más volúmenes imponía la necesidad de aumentar el espacio físico de la biblioteca, eso sin hablar de las decepciones y frustraciones producidas por la imposibilidad de reunir la memoria del mundo. En especial porque, con las nuevas tecnologías de la producción editorial implantadas en el siglo XIX y la multiplicación de títulos y ediciones, esa ampliación de fondos nunca tendría fin.

La mayor de todas, la Real Biblioteca, así denominada hasta 1822 y después Biblioteca Pública y Nacional, estuvo cerca de cuatro décadas comprimida en las antiguas dependencias de un anexo de la Iglesia do Carmo, donde funcionaba un hospital, desde la transferencia de la familia real portuguesa hacia Río de Janeiro, en 1808<sup>2</sup>. Con todo, los relatos de los visitantes no mancillan la configuración espacial o arquitectónica de este establecimiento. Más bien todo lo contrario: enfatizaban la plena adecuación y el placer de las horas allí invertidas. Para Schlichthorst, que anduvo por la ciudad en los años veinte, la impresión que recibió fue ampliamente favorable:

«La Biblioteca Pública también es una reliquia de los tiempos del Rey. Es riquísima en historia eclesiástica y contiene genealogías de la hidalguía portuguesa y española. Todo se encuentra amontonado y sin orden sis-

<sup>2</sup> La instalación de la Real Biblioteca, fruto de la fusión de la Librería del Infantado y de la Librería Real en la ciudad de Río de Janeiro, solamente ocurrió en 1810. Para comprender la migración de la Librería Real portuguesa consúltese SCHWARCZ, L. M.: *A longa viagem da biblioteca dos reis*, São Paulo, Companhia das Letras, 2002.

temático. Se encuentran pocas obras modernas posteriores a 1815. Sólo existía un volumen del Viaje del Príncipe Neuwied. La Biblioteca está instalada en un edificio de la Iglesia do Carmo y es muy frecuentada, principalmente por frailes. Los pupitres para leer son cómodos. Hay en abundancia, lo mismo que tinta y papel, que están a mano. Es un placer pasar allí algunas horas»<sup>3</sup>.

El fragmento destaca la «numerosa» presencia de lectores, la rapidez del servicio bibliotecario, la conveniencia del mobiliario, las cualidades de la colección —marcada por el preciosismo en algunos casos y por la escasez de «obras modernas»—, pero también registra la mala disposición de los libros.

Algunos años más tarde, un capellán anglicano de nombre Robert Walsh, que acompañaba a lord Strangford en Brasil, anotó minuciosamente su visita a la Biblioteca Pública:

«... compuesta de 60.000 volúmenes de libros en todas las lenguas, antiguas y modernas, conteniendo ilustraciones, mapas y manuscritos. Pero es particularmente conocida debido a su colección de Biblias, mayor, tal vez, que cualquier otra en el mundo, y que ocupan una sección entera. Los libros están distribuidos en diversas salas, pero especialmente en dos salones; uno de ellos, de uso exclusivo de la familia imperial, y el otro abierto al público, que tiene libre acceso a todos los libros de la biblioteca.

Pasé gran parte de mi tiempo en esta noble casa, y no la considero inferior a ninguna otra similar en Europa, tanto en el tamaño cuanto en la amplitud de las instalaciones, a pesar de que el número de libros realmente pueda ser menor. Todas las personas son no sólo admitidas sin preguntas o averiguaciones, sino invitadas a entrar y ampliar sus conocimientos. El acceso a la biblioteca se hace a través de una enorme escalera de piedra, decorada con hermosas pinturas del Vaticano. La sala de lectura se encuentra en un espacioso salón con arcos que se extiende por todo el edificio y por donde circula constantemente una brisa proveniente de los amplios ventanales situados en las extremos. En este local, uno se sienta en una mesa alargada cubierta con un paño verde, equipada con escritorio y material para escribir, como ocurre en el Museo Británico. Hay varios bibliotecarios repartidos por todo el salón que atienden cualquier petición que se les haga. Reciben los periódicos de Río y las ciudades del interior todas las mañanas y esto, junto con el creciente gusto por la lectura, atrae a este lugar a muchos brasileños de todas las razas, que parecen no sólo divertirse

<sup>3</sup> SCHLICHTHORST, C.: *O Rio de Janeiro como é (1824-26)*, Río de Janeiro, Getúlio Costa, s. d., p. 74.

mucho sino también sentirse bastante orgullosos del centro. La Biblioteca abre todos los días, excepto en fiestas, a partir de las nueve de la mañana, y no conozco ningún otro lugar donde sea posible soportar el calor de forma más agradable, o provechosa, que ese local fresco, silencioso y distinguido. Así, amigo mío, ¿no sería una gran injusticia condenar a los católicos como enemigos del saber? Aquí existe una noble y pública institución literaria, compuesta de libros sobre todos los asuntos, fundada por un monarca de convicción católica, y en un sistema mucho más liberal y menos restringido que cualquier institución similar en nuestro país protestante. Se mantiene con un presupuesto anual de cuatro mil cuatrocientos ochenta y cinco mil reis»<sup>4</sup>.

Aunque larga, la cita de Robert Walsh es muy significativa, pues describe y comenta el escenario desde el punto de vista de un extranjero protestante y culto, lo que le permite trazar afinidades y contrastes entre esta institución y las similares europeas que conocía. Walsh resalta la pluralidad de los artefactos textuales, la diversidad de las obras, la riqueza de algunas colecciones, la ausencia de impertinencias en el trato con el público, la disposición del mobiliario, el creciente gusto por la lectura, etc. Sin embargo, ninguna de las referencias parece aproximar el local a la condición de palacio, salvo la mención al salón reservado a la familia imperial.

Si, a ojos de los viajeros, la Biblioteca Pública cumplía plenamente su papel de «lugar de memoria»<sup>5</sup>, para Grandjean de Montigny las instalaciones de la institución no eran compatibles con la «*imago*» de la corte imperial. Ante la tradición portuguesa de construcción espontánea y las disputas por el control «artístico» de las obras públicas de la capital, el proyecto del profesor de arquitectura de la Academia Imperial de Bellas Artes ofrecía una solución monumental que enaltecía la ciudad y el Imperio. La diferencia de escala y de repertorio formal permitía establecer, de manera puntual, un contraste con los rasgos del paisaje de la ciudad colonial dominada por las iglesias y los conventos.

El trazado empleado por Montigny revela un gran palacio de rasgos neoclásicos, con soluciones arquitectónicas nítidamente palatinas. La fachada del edificio era bastante despejada, uniforme y

<sup>4</sup> WALSH, R.: *Notícias do Brasil (1828-1829)*, Belo Horizonte-São Paulo, Itatiaia-Edusp, 1985, pp. 186-187.

<sup>5</sup> Cfr. NORA, P.: «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en *Le lieux de mémoire*, I, *La République*, París, Gallimard, 1989.

simétrica. Un pequeño juego de escaleras, ornamentado con dos alegorías, a la izquierda la *Filosofía* y a la derecha la *Poesía*, daba acceso al portón principal. En el cuerpo central de la fachada destacaba un pórtico jónico de seis columnas. En la planta superior resaltaba una *loggia* con hermas de aspecto griego, sustentando el marco de la puerta y simbolizando las musas. Aunque no estaban todas contempladas, pues si, por un lado, estaban presentes Urania (astrología), Clío (historia), Polimnia (pantomima), Terpsícore (danza), Talía (comedia) y Érato (poesía lírica), por otro lado, Calíope (poesía épica), Euterpe (música) y Melpómene (tragedia) no estaban allí representadas. En lo alto sobresalía una inmensa platibanda y, bajo la columnata del cuerpo central, un frontón exhibía el blasón imperial<sup>6</sup>.

Lamentablemente, la ausencia de las demás láminas impide una caracterización más minuciosa de este proyecto. De cualquier manera, conviene observar que la austeridad del piso inferior ciertamente haría difícil airear el ambiente y la difusión de la luz natural, lo que tal vez pudiese ser compensado por las ventanas dispuestas en el piso superior. Ahora bien, el aislamiento del edificio y la existencia de dos salidas laterales que daban acceso a amplios corredores, jardines y chafarises también podrían indicar una solución para los problemas aludidos. Súmese, además, que el riesgo asumido en el planteamiento del nuevo palacio de libros era perfectamente compatible con las condiciones técnicas y materiales disponibles, en aquel momento, en la corte imperial.

A pesar de que sea cuestionable la laguna en el panteón de las musas, el proyecto de Grandjean de Montigny para la Biblioteca Nacional fue presentado en la Exposición General de la Academia de Bellas Artes de 1842 y recibió una entusiasmada calificación por parte de su director, Félix Emilio Taunay. De acuerdo con el parecer de los miembros de la Academia:

«... una producción aparece con primacía visible entre todas; y la observación atenta confirma esta primera impresión: es el proyecto de la Biblioteca Imperial creado por el Profesor Grandjean de Montigny. Simplicidad y propiedad de carácter, solidez en la forma y elegancia en la decoración, disposición grandiosa y aspecto monumental, tales son las cualidades que elevan

<sup>6</sup> MORALES DE LOS RÍOS, A.: *Grandjean de Montigny e a evolução da arte brasileira*, Río de Janeiro, A Noite, 1941, p. 255.

esta obra a la categoría de las más notables en su género. Este es el fundamento del voto que esta Academia se anima a expresar, que, a falta de un edificio aislado, adecuado a las necesidades de una biblioteca para la Capital, se eche mano de un riesgo tan grandioso y original. La Academia presume de sentir la convicción de que, con una designación semejante, atiende menos a la consideración de la persona que al interés general: al mismo tiempo, la realización física de una concepción sublime es la verdadera recompensa de su autor»<sup>7</sup>.

Un año después del parecer y el premio, el proyecto todavía no había sido puesto en práctica. Pero las láminas que reunían los diseños trazados por Montigny fueron nuevamente expuestas en la Exposición de 1843. En esta ocasión, el elogio partió del pintor Manoel Araújo Porto-Alegre, que envió a las páginas de la revista *Minerva Brasiliense* un artículo en el que enaltecía el trazo empleado en la representación del interior de la biblioteca, pero sobre todo alababa la firmeza y el ingenio del anciano:

«Este bello dibujo es una obra preciosa; hecho al estilo de los arquitectos, tiene una pureza de formas, una riqueza de ornamentos y una armonía de líneas que prueban con exuberancia la delicadeza de uno de los mayores diseñadores salidos de la escuela de los señores Percier y Fontaine. Feliz el mortal que a la edad del Sr. Grandjean pueda conservar una mano tan firme, y una frescura de colorido y ligereza de toque como se observa en aquel boceto: las irregularidades que el autor presenta de su planta son motivadas por no querer ocultar con una columnata el rico anfiteatro del fondo de la biblioteca»<sup>8</sup>.

Contrariando el parecer de Taunay, que afirmaba ser su realización el digno premio al proyecto, como también la supuesta sintonía entre el interés público y las potencialidades inherentes a la difusión de una amplia gama de saberes, la implantación del palacio no se realizó y la biblioteca permaneció en las viejas dependencias del antiguo Hospital.

No obstante el confinamiento de la Biblioteca Pública en su *locus* original, es posible reparar en un crecimiento de los fondos e indicios de un cierto esfuerzo de actualización, subrayándose así

<sup>7</sup> Apud ARESTIZÁBAL, I. (dir.): *Grandjean de Montigny e o Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, Indez, 1986, pp. 261-262.

<sup>8</sup> PORTO-ALEGRE, M. A.: «Bellas Artes», en *Minerva Brasiliense*, vol. 1, 5 (1844), p. 151.

el carácter de una institución dedicada a la difusión filantrópica y educativa del saber, distinta, por tanto, del aspecto patrimonial y del perfil de espacio puramente de exhibición que caracterizaba la «biblioteca del príncipe»<sup>9</sup>.

Esta afirmación es corroborada por los registros de un napolitano que llegó a Río de Janeiro en los años cuarenta del siglo XIX. Las anotaciones de Eugenio Rodríguez reiteran impresiones ya divulgadas por otros viajeros, especialmente sobre la genealogía, la configuración espacial, la riqueza y la libertad de acceso a los fondos. Sin embargo, aparecía un matiz diferenciado que apuntaba a la actualización de una parcela de la colección cuando Rodríguez afirmaba que la institución estaba «abundantemente provista de libros modernos, sobre todo de literatura francesa»<sup>10</sup>.

En paralelo al enriquecimiento de los fondos y la desaparición de lagunas en las colecciones, el entonces bibliotecario Fray Camillo de Monserrate, que ocupaba el cargo de director de la institución en los años cincuenta, procuró introducir nuevas condiciones materiales que repercutirían en el ambiente del palacio de libros y en las prácticas de lectura allí realizadas.

Monserrate parecía tener muy claro lo que significaba leer en una biblioteca. Lugar de anhelos, de los sustitutos del deseo, una vez que allí se busca aquello que no se posee, se convierte en un espacio que se visita, pero no un espacio que se habita. Aun así, él se preocupaba del bienestar de los lectores, facilitándoles comodidades para las horas dedicadas a la lectura. En respuesta a la demanda del público, Monserrate solicitó la sustitución del tosco mobiliario, constituido por «taburetes de madera incómodos», por «sillas de mimbre», supuestamente más adecuadas a la disposición corpórea de los lectores. Esta asociación entre la actividad lectora y una determinada postura variaba dependiendo de la forma y la dimensión del material que se consultaba. Las condiciones de legibilidad y las posturas inherentes a la lectura, por ejemplo, de un libro *in-octavo*, formato de fácil manejo, que podría ser depositado sobre la mesa o mantenerse suspendido por las manos del lector, eran bastante

<sup>9</sup> Sobre las mutaciones de las «bibliotecas de los príncipes» véase PETRUCCI, A.: «Bibliotecas y lectura: entre progreso y conservación», en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa, 2000, pp. 284-285.

<sup>10</sup> RODRÍGUEZ, E.: *Descrizione del viaggio a Rio de Janeiro*, Nápoles, Presso Caro Batelli e Comp., 1844, p. 69.

distintas de las exigidas para la lectura de volúmenes de grandes dimensiones. Monserrate no descuidó esta dimensión teatral de la lectura y reivindicó la necesidad de «poner al alcance de los lectores que consultan los libros *in-folio* unos prismas triangulares, para poder acercarse a estos volúmenes y facilitarles una actividad cómoda»<sup>11</sup>.

Si el acceso a la Biblioteca Pública suponía lectores decentemente vestidos, conforme preconizaban los anuncios de la institución publicados en el *Almanack Laemmert*, las disposiciones del vestuario y objetos traídos por los lectores, exigidos en la costumbre social, se transformaban en obstáculos y creaban situaciones incómodas para el buen desempeño de la lectura. La incompatibilidad entre estas exigencias formales de apariencia y la necesidad de despojarse de algunas ropas para el acto de leer suscitó una solicitud puntual del director, la cual no estuvo exenta de un cierto toque de *humeur*:

«La orden de la Biblioteca parece exigir la confección de una percha para colgar en ella las armas, los bastones y los sombreros a la entrada del edificio: los paraguas llenan de agua las salas: las armas y los bastones perturban el silencio y pueden convertirse en instrumentos de riñas, incluso científicas»<sup>12</sup>.

Después de implantar un vasto plan de mejoras, Monserrate se convenció de que el viejo edificio que albergaba la biblioteca era incompatible con las dimensiones de los fondos y de que las deplorables condiciones materiales exigían una urgente mudanza. Su deseo de ver la biblioteca ubicada en otro punto de la corte imperial fue transformándose gradualmente en una verdadera obsesión.

Al principio se pensó en el edificio del Asilo de Nossa Senhora do Parto; pero Monserrate se opuso. Después se sugirió el Cuartel de Bragança, reconstruido en 1854, mas juzgado por el director de la Biblioteca como no adecuado. Él, a su vez, indicó el edificio planteado por Grandjean de Montigny en la Rua do Passeio, esquina de las Marrecas, pero su petición no fue aprobada por el gobierno. Finalmente, el gobierno adquirió, en 1855, por un valor de 125.000 reis, el edificio neoclásico, de tres plantas, situado en el Largo da Lapa, número 48, frente al Passeio Público, perteneciente a João

<sup>11</sup> Informe del director de la Biblioteca Nacional, 6 de mayo de 1853, p. 3.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 8.

Pereira da Rocha Vianna. La transferencia de los fondos requirió numerosos viajes de carrozas cargadas de libros a un costo de 10 reis, lo que fue objeto de críticas y reprimendas por parte de un indignado marqués de Olinda, secretario de Negocios del Imperio, instancia de la cual dependía la biblioteca.

Tras una larga reforma, la institución fue abierta al público el 5 de agosto de 1858. Desgraciadamente, la victoria fue parcial, pues la nueva biblioteca no disponía de gas canalizado, lo que limitaba la consulta pública al horario de 9 a 14 horas, en función de las condiciones naturales de luz. Estaba también desprovista de las muchas mejoras proyectadas por Monserrate y que no fueron llevadas a cabo, permaneciendo encerradas en los cajones de la Secretaría. Aunque más espaciosa, la configuración interna de la casa no había sido concebida según criterios estéticos o funcionales. La descripción de Moreira de Azevedo está caracterizada por una mezcla de sequedad y sarcasmo cuando afirmaba categóricamente: «No hay arquitectura, no hay elegancia en este edificio, nada tiene de bello ni de grandioso; es una casa construida para vivienda particular»<sup>13</sup>.

Por lo que se puede percibir hasta aquí, la pertinencia del término palacio para referirse a la Biblioteca Pública parece limitada. Dando crédito a las *Memórias sobre os edifícios da cidade do Rio de Janeiro*, de Moreira de Azevedo, la forma no se ajustaba a su contenido. Esta anomalía suscita otra posibilidad de significado, que no es de orden denotativo, pues no remite a la concreción de su configuración espacial o de algún trazo arquitectónico. Por el contrario, su uso puede ser justificado por la relación connotativa que ella establece, en cuanto indicio de riqueza y opulencia.

A pesar de sus rasgos de vivienda particular adaptada para recibir la copiosa colección de libros, manuscritos y grabados, la Biblioteca Pública poseía cualidades incuestionables. Según el prusiano Koseritz, que la visitó el día 7 de agosto de 1883, era un verdadero monumento:

«Quien se esfuerza en considerar como miserable todo lo que Brasil posee, no debe entrar en la Biblioteca Nacional, pues en ella encontrará un local que aproxima a Brasil a los mayores países de Europa. Hice hoy una visita a la Biblioteca y todavía estoy impresionado. La Biblioteca se encuentra en un gran edificio frente al Passeio Público. Es bastante espaciosa,

<sup>13</sup> AZEVEDO, M.: *Panorama ou descrição dos principaes edifícios da cidade do Rio de Janeiro*, vol. 2, Rio de Janeiro, Typ. Paula Brito, 1861-1867, p. 232.

pero insuficiente para los fines y la abundancia de libros, pues la Biblioteca posee cerca de 150.000 volúmenes. En la entrada están las estatuas de Pedro I y Pedro II, y en una cavidad bajo la escalera el busto de Don Juan VI, que es buen merecedor de esta honra, pues lo que la Biblioteca posee de más costoso y raro lo trajo Don Juan con ocasión de su fuga para Brasil, en el año de 1806 (*sic*), habiendo permanecido aquí posteriormente. Portugal perdió así tesoros que son insustituibles. Fui recibido con la mayor gentileza por el Bibliotecario, consejero Saldanha da Gama, el Jefe de la sección, Teixeira de Meio, y el primer Oficial, doctor Fernandes de Oliveira, y estos señores me concedieron el honor de acompañarme durante toda la visita. La casa tiene cuatro plantas, tres de las cuales están ocupadas por los libros de tal suerte que cuando se sube la escalera ya estamos rodeados de ellos.

150.000 volúmenes, entre los cuales numerosos muy gruesos y de enorme formato, ocupan mucho espacio y llenan gran número de salas. En esta primera visita pude naturalmente ver apenas las mayores rarezas; para conseguir un golpe de vista general sobre todo serían necesarios varios meses. La dirección general, que trabaja mucho, ocupa la sala del medio; al lado se encuentra la sala de lectura, alargada, estrecha y un poco oscura, pues, como ya dije, la casa es demasiado pequeña. De todos los tesoros que vi en la travesía de estas salas sin fin citaré aquí solamente lo que encontré más raro e interesante. La Biblioteca posee, naturalmente, literatura de todos los países e idiomas y en materia de libros alemanes tiene verdaderas preciosidades (...) La sección histórica es absolutamente completa en lo que se refiere a Brasil y Portugal; para el estudio de la historia nacional allí se encuentran reunidas increíbles preciosidades, inclusive las más viejas cartas marítimas y mapas. Igualmente opulenta es la sección clásica en la cual se hallan centenas de incunables (libros impresos antes de 1520). Allí están ediciones de clásicos de todas las épocas, pertenecientes a los mayores países, dignos señores que hace siglos ya hicieron en la vida lo que tenían que hacer. También la sección de manuscritos posee muchos miles (hasta papiros romanos, griegos y egipcios). (...) Pero todo esto se desvanece ante la sala de rarezas excepcionales. Allí están dos ejemplares de la Biblia en la primera edición de Fust y Schoeffer, impresa en Maguncia en el año de 1456 (*sic*). De esta edición sólo existen treinta ejemplares en el mundo y de esos treinta la Biblioteca posee dos. Los ejemplares son absolutamente auténticos y datados de manera usual por Fust y Schoeffer. Y a pesar de esto pierden interés cuando vemos en el armario de vidrio los manuscritos de la Biblia y del Salterio. Son manuscritos de los siglos XI, XII y XIII, altamente impresionantes por la frescura de sus colores, la corrección de los diseños y la seguridad de la escritura. Los diseños son bonitos no sólo en los títulos y cabezas de capítulos, sino también en las iniciales iluminadas. Estos manuscritos de la Biblia hechos por los monjes no son muy raros en Europa, pero

pocas bibliotecas en el mundo poseerán un manuscrito como un ejemplar del siglo XII, existente en Río. (...) Otro manuscrito interesante es un salterio español (libro judío que data de 5306, o mejor, 1310 de nuestra era). Existen en total más de treinta Biblias, Salterios, etc., con admirables diseños. Se ve también la primera edición de los *Lusíadas* de Camões, así como la gran edición de lujo, conmemorativa del último centenario del gran poeta. (...) La reunión de documentos manuscritos e impresos es de una gran importancia histórica y debe interesar considerablemente a los investigadores. (...) La Biblioteca posee también una rica colección de monedas que está siendo justamente completada. (...) Dedicaré un artículo especial a los grabados en madera y los aguafuertes de la Biblioteca, de tan importantes que me parecieron»<sup>14</sup>.

La advertencia inicial ya da una clave para la lectura del texto: la biblioteca es el revés de la imagen que se hacía de la *terra brasilis*. O, en otro tono, el imperio brasileño no se parecía en nada a la biblioteca que poseía! El relato testimonial de Koseritz refuerza la legitimidad del uso de la metáfora palacio, puesto que la Biblioteca Pública reunía un tesoro polivalente cuya preciosidad era traducida por una narración puntuada con repetidas expresiones que indicaban cantidad («centenas», «millares», «abundancia») y cualidad («costoso», «raro», «precioso», «lujo», «opulenta», «tesoro», «primera edición»). Éstas agregaban al caserón índices de riqueza material y simbólica que dejaban estupefacto al narrador a cada nueva dependencia visitada. Incluso aturdido por el recorrido a través de salas abarrotadas de objetos seductores, Koseritz no dejó de destacar la estulticia de las instalaciones: «La casa tiene cuatro plantas, tres de las cuales están ocupadas por los libros de tal suerte que cuando se sube la escalera ya estamos rodeados de ellos», «la sala de lectura, alargada, estrecha y un poco oscura, pues, como ya dije, la casa es demasiado pequeña». A pesar de la limitación espacial de la institución, la Biblioteca ya disponía de un sistema de gas canalizado que permitía la ampliación del horario de consulta, presentando también una organización en salas especiales o «secciones» (manuscritos, obras raras, numismática, grabados) que revelan la complejidad de los fondos allí reunidos.

Fue en esa manzana donde se discutió la necesidad de construir una nueva sede específicamente planeada para albergar la biblioteca,

<sup>14</sup> KOSERITZ, C.: *Imagens do Brasil*, Belo Horizonte-São Paulo, Itatiaia-Edusp, 1980, pp. 140-143.

ahora, más que nunca, abarrotada con las nuevas incorporaciones, con el desarrollo de la producción editorial y con la generalización de la práctica del depósito legal.

Después de sucesivas quejas de los directores de la Biblioteca y de reformas paliativas en el viejo caserón de la Rua do Passeio, fue lanzada en el año de 1883 una convocatoria que anunciaba la realización de un concurso público para edificar nuevas instalaciones que reunirían la Biblioteca Nacional, el Archivo Público y, además, salas de conferencias. La selección del proyecto sería atribución del ministro del Imperio, que acataría el parecer de una comisión compuesta por el bibliotecario de la Biblioteca Nacional, el director del Archivo Público y tres ingenieros, quedando establecido el premio de 10.000 y 4.000 reis para el primer y el segundo lugar, respectivamente. De acuerdo con las especificaciones, el proyecto debería incluir las respectivas plantas (general, fachada principal y lateral, corte longitudinal y transversal), un informe descriptivo y un presupuesto que no podría exceder la cuantía de un millón de reis<sup>15</sup>.

Cabe recalcar que el proyecto debería contemplar algunos aspectos detallados en la convocatoria, a saber:

«III. La Biblioteca tendrá tres secciones: una destinada a los impresos, con capacidad para 500.000 volúmenes, en comunicación con las dos subsecciones de cartas geográficas y medallas; otra destinada a los manuscritos, y la última a estampas, cada una de estas en salones diferentes.

IV. El edificio para el Archivo Público tendrá cuatro secciones, una destinada a la parte administrativa, en salones de vastas dimensiones; otra a la parte histórica; otra a la parte legislativa; y la última a la parte judicial, cada una de ellas en un salón.

V. El edificio para las conferencias científicas y literarias, y las sesiones de sociedades de la misma naturaleza, tendrá los salones necesarios y apropiados para este fin»<sup>16</sup>.

El resultado del concurso fue divulgado en 1885, y la comisión indicó como vencedora la propuesta del ingeniero y arquitecto parisino

<sup>15</sup> «Bases do concurso para um projeto de edificio destinado à Bibliotheca Nacional, Archivo Público do Império e salas de conferências, sessões científicas e litterárias», en anexo E del *Relatório apresentado à Assembléa Geral Legislativa na 3ª sessão da 18ª legislatura pelo Ministro e Secretário de Estado dos Negócios do Império Pedro Leão Velloso*, 1883, pp. 1-3.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 2.

Auguste Sauvage, seguida por el proyecto del también ingeniero y arquitecto Francisco de Azevedo Monteiro Caminhoá, residente en Río de Janeiro. Curiosamente, la realización del proyecto para la biblioteca, una vez más, no se consumó. Con todo, las plantas trazadas por Sauvage acabaron por integrar la colección publicitaria reunida en el pabellón brasileño de la Exposición Universal de 1889, realizada en París. Rodeado de un raudal de productos tropicales, de fotografías que servían para dar a conocer la inmigración europea y de objetos indígenas cuidadosamente seleccionados por su carácter exótico y pintoresco, figuraba el proyecto para la institución.

Todavía en la coyuntura de fin de siglo, la Biblioteca Pública fue beneficiaria de los actos voluntariosos de individuos que donaron diversas obras y manuscritos o, incluso, por la adquisición e incorporación de bibliotecas privadas e institucionales que contribuyeron a la manutención de un aura palaciega para el espacio. Pero, sin duda, la más compleja y numerosa colección que fue integrada a sus fondos fue el expolio de la biblioteca imperial, a la que el viejo monarca se empeñó en ponerle el nombre de su esposa, Theresa Cristina, y en la que constaban manuscritos, fotografías, grabados y 43.236 volúmenes encuadernados y cartillas<sup>17</sup>.

Con el triunfo de los republicanos en 1889, la Biblioteca Nacional pasó a la órbita del Ministerio de Justicia y Negocios Interiores. Esta nueva dependencia no interfirió en el día a día de la institución, una vez que los problemas vividos por los administradores y funcionarios no fueron aliviados. Desde la perspectiva del director, además de lo exiguo del espacio y del riesgo de incendio, la Biblioteca carecía de recursos para la encuadernación de las colecciones o para llenar las lagunas en la sección de periódicos. Para los funcionarios, las pagas seguían siendo irrisorias, y la instalación de iluminación

<sup>17</sup> Cfr. ALMEIDA, P.: *Biblioteca Nacional. Resumo histórico*, Río de Janeiro, Typ. Leuzinger, 1897. Véase también MAURICÉA FILHO, A.: *Ramiz Galvão: O Barão de Ramiz (1846-1938)*, Río de Janeiro, INL, 1973. La abdicación del emperador Pedro II, que se deshizo de su preciosa biblioteca cuando fue forzado al exilio por los republicanos, generó expresiones indignadas de un viejo partidario de la monarquía: «¡Qué contraste! Al tiempo que el Congreso discutía si la Nación debía, como atenuante de crudísima injusticia, enviar al más ilustre de los exiliados que algún día hubo 120.000 reis anuales, cedía él a esta Nación su biblioteca, más de dos millones de reis icon el mayor desprendimiento, la más admirable generosidad y espontaneidad!» (TAUNAY, V.: «Na bibliotheca do imperador», en *Homens e cousas do Império*, São Paulo, Melhoramentos, 1924, p. 135).

eléctrica en sus dependencias, permitiendo la ampliación del horario de visita de las 8 a las 21 horas, no tuvo como contrapartida la contratación de nuevos trabajadores (cuando no disminuyó, en función de bajas o transferencias). Sin embargo, un hecho es incuestionable, el flujo de usuarios y el número de obras consultadas en la sección de impresos aumentó considerablemente, como se puede observar en la siguiente tabla:

<i>Año</i>	<i>Usuarios</i>	<i>Obras consultadas</i>
1893	9.950	12.691
1894	10.375	13.116
1895	14.047	17.317
1896	16.052	20.055
1897	16.877	22.475
1898	19.625	25.711
1899	19.668	26.673
1900	20.385	26.766
1901	25.281	35.020

La paradójica situación de la institución fue objeto de sucesivos mensajes de Manuel Cícero Peregrino da Silva, entonces director de la Biblioteca Nacional, dirigidas al «ciudadano» ministro de Justicia, conforme la jerga republicana de nítida inspiración positivista. De acuerdo con el informe del año de 1902, la precariedad de las instalaciones del edificio de la Rua do Passeio era incompatible con «el mayor tesoro bibliográfico de América Latina». El director argumentaba también que las posibilidades de reorganización del espacio interno estaban agotadas, a pesar de que se hubiesen realizado algunas reformas y medidas paliativas, incluyéndose en este apartado el alargamiento de las estanterías hasta el techo, la transformación de corredores y galerías en salas y el traslado de parte de la colección a la antigua residencia del bibliotecario. El resultado inmediato fue el de un ambiente completamente saturado de estantes repletos de libros, «dificultando el tránsito del personal y el libre paso del aire».

La petición no sólo surtió efecto, sino que suscitó una estrategia victoriosa de movilización y convencimiento de los miembros de la Comisión de Presupuestos de la Cámara de los Diputados, que se sensibilizaron, después de visitar el espacio, con la calamitosa situación de la Biblioteca y decidieron comprometerse con la aprobación de los recursos necesarios para darle un nuevo proyecto a la institución.

Inicialmente, fue considerada la instalación de la nueva biblioteca al lado del Archivo, en la Rua Visconde do Rio Branco, cerca de la Praça da Republica. Sin embargo, la idea fue abandonada por el inconveniente de perjudicar las zonas de expansión de los edificios en la red urbana local. Le fue entonces reservado un terreno, que ocupaba una manzana, en la Avenida Central. Fruto de un urbanismo de inspiración haussmaniana, esta nueva arteria pasó a concentrar, a partir de su inauguración en 1905, un conjunto arquitectónico ecléctico compuesto de edificios públicos, sedes de los principales diarios cariocas y de las tiendas más refinadas. El lugar reservado para el futuro monumental palacio de libros no fue nada aleatorio, pues estaba situado al lado del Museo de Bellas Artes, en la diagonal del Teatro Municipal y lindando con el Palacio Monroe. De esta forma, quedaba patente que el nuevo espacio era parte de la escenografía que trataba de arraigar la imagen civilizada de los grupos dirigentes y de la ciudad remodelada como *imago* de la modernidad<sup>18</sup>. Por decisión del ministro J. J. Seabra, los recursos para la construcción fueron incluidos en el presupuesto y el proyecto fue confiado al ingeniero general Francisco Marcelino de Souza Aguiar, conocido por la construcción del Cuartel Central dos Bombeiros y de los Pabellones brasileños en las Exposiciones de México y San Luis (1904).

El historiador de la arquitectura brasileña Paulo F. Santos registra en el estudio introductorio al *Album da Avenida Central*, libro que reúne las plantas y proyectos de los edificios aprobados por el ayuntamiento para ser construidos en la nueva avenida, que el partido adoptado por Souza Aguiar estaba totalmente calcado del plano del arquitecto francés Hector Pepin, cuyo proyecto comprendía:

---

<sup>18</sup> Sobre las reformas urbanas en Río de Janeiro a inicios del siglo XX y sus consecuencias en el día a día de la población, véase SEVCENKO, N.: *Literatura como missão*, São Paulo, Brasiliense, 1982, y «A capital irradiante: técnica, ritmos e ritos do Rio», en *História da Vida Privada no Brasil*, vol. 3, São Paulo, Companhia das Letras, 1998; NEEDEL, J. D.: *Belle Époque tropical*, São Paulo, Companhia das Letras, 1993.

«1.<sup>er</sup> Étage, Plan du Sous-Sol, Façade, Installation du Service Pneumatique de Depeche de la Salle de Lecture à la Bibliothèque». Santos resalta, además, que

«el diseño de Pepin muestra que no se trataba de un simple estudio, o incluso de un ante-proyecto, sino de un proyecto definitivo, única hipótesis para que el proyectista llegase a tales detalles. La estructura era semejante a la de los demás edificios de la Avenida: paredes perimetrales de ladrillo y forjado de hierro. Había indicaciones precisas de cada pilar: cuatro cantoneras con chapas intermediarias, pareciendo haber sido deducidas por medio de cálculos estáticos. En cuanto a la fachada del proyecto francés, que también sirvió de inspiración al proyecto ejecutado, se liga, como en toda la Avenida Central, al eclecticismo internacional»<sup>19</sup>.

La aclaración de este caso de apropiación, que en realidad fue un procedimiento empleado en la mayoría de las edificaciones construidas en la Avenida Central y en la reforma de la ciudad de Río de Janeiro de aquel periodo, la proporciona el arquitecto Lúcio Costa. Éste explica que era práctica de los estudios brasileños encomendar y comprar proyectos originalmente formulados en Francia para, posteriormente, ser transplantados y adaptados a las condiciones técnicas y artísticas disponibles en Brasil. La propiedad intelectual pasaba, entonces, a ser atribuida al estudio que había adquirido el proyecto y materializado posteriormente<sup>20</sup>.

Lo que resulta evidente en este proyecto es su capacidad de mezclar un lenguaje compositivo de cierta manera severo, juntando además elementos decorativos de clara inspiración clásica o académica con técnicas constructivas modernas. La solución historicista, presente en el interior y exterior del edificio de rasgos neo-renacentistas, parecía corresponder a una ingeniosa filiación de la cultura racional moderna, identificada con el orden de los saberes de los cuales la Biblioteca era portadora, y a los dictámenes de la joven República, que se contraponía al arcaísmo de la sociedad imperial.

<sup>19</sup> SANTOS, P. F.: «Arquitetura e urbanismo na Avenida Central», en FERREZ, M.: *O álbum da Avenida Central*, São Paulo, Ex-Libris, 1983, p. 39.

<sup>20</sup> Cfr. «Parecer: Biblioteca Nacional. Río de Janeiro, 11 de mayo de 1984», en PESSOA, J. (org.): *Lúcio Costa: Documentos de trabalho*, Río de Janeiro, Iphan, 1999, pp. 288-290. Este mismo tipo de equivocación a la hora de atribuir una autoría también puede ser observado en el caso del Teatro Municipal de Río de Janeiro: el vencedor del concurso para la construcción del edificio fue el ingeniero Francisco de Oliveira Passos, aunque el proyecto había sido adquirido en París.

El 15 de agosto de 1905 era colocada la primera piedra del imponente edificio, consagración de la cultura de las letras y monumento enseña de los nuevos tiempos. La fiesta que se realizó contó con la presencia del entonces presidente de la República, Rodrigues Alves, y de toda la cúpula del gobierno. El acta de conmemoración, especialmente diseñada por el pintor Rodolfo de Amoedo y grabada en aguafuerte por Modesto Brocos, fue distribuida a las personas más importantes, junto con una medalla conmemorativa, de autoría de Augusto Girardet<sup>21</sup>.

Con motivo de esta ocasión, el escritor João do Rio aludía, en la crónica «Hora de la biblioteca», al encuentro que mantuvo con un caballero que le daba la noticia, lleno de satisfacción: «Al final, amigo mío, la Biblioteca va a tener un extraordinario palacio, ¡ya llevan gastados cinco mil contos! Nuestra pobre preciosidad está metida en tal desbarajuste, con el personal enfadado entre sí, la confusión de los catálogos, la confusión de los estantes, la confusión de los lectores, que sólo la mudanza la salvará»<sup>22</sup>. El encuentro fortuito suscitó en el narrador el deseo de «recordar viejos tiempos en aquel lugar donde yo pasara hace unos años una época de voraz y oscura lectura».

Tras comentar la ausencia de público en las secciones de numismática y de estampas, y de registrar la presencia de «algún que otro historiador, algún que otro curioso que leía trechos de la vida oculta de los reyes portugueses y cotejaba unos mapas» en la sección de manuscritos, el cronista realiza consideraciones sobre la intermitencia de los grupos de estudiantes. Todavía siguiendo al cronista, las mesas de la sección de impresos, en el periodo de las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, horario inicial del *footing* por la Rua do Ouvidor, «se llenan de una sociedad más o menos ruidosa, que se levanta cada poco a beber agua, lavarse las manos y fumar en ciertos retiros que facilitan necesidades urgentes».

João do Rio, con su trazo documental, dice haber consultado durante tres años las fichas de esos usuarios, y «noventa y nueve veces de cada cien, leía *Física*, de Ganot; *Geometría*, de F. I. C.; *Química*, de Langlebert, en la primera ficha, y, en las otras: *La Reina*

<sup>21</sup> Cfr. *Anais da Biblioteca Nacional*, vol. 33, Río de Janeiro, 1911, p. 395.

<sup>22</sup> Río, J.: «Horas na Biblioteca», en *Cinematographo*, Oporto, Chardron, 1909, p. 249.

Margot, *Los Tres Mosqueteros*, *El Guaraní*, *Los Fantoques de Madame Diabo*, *Lucíola*, *Nana*»<sup>23</sup>. De cierta forma, su relato confirmaba la desolación de los administradores de la Biblioteca, que deseaban un público compuesto por intelectuales y se encontraban con estudiantes de secundaria que no pestañeaban a la hora de cambiar las lecturas escolares por el deleite suscitado por las novelas y la literatura de evasión.

Además del público escolar cautivo, el narrador se fija en la presencia de «tipos interesantísimos», una rica comunidad de lectores distinguidos por un cierto número de caracteres que informan sobre algunas de las prácticas de lectura y escritura realizadas en la Biblioteca<sup>24</sup>. En este contexto de experiencias figuraban escritores de cartas apasionados que se servían de la tinta y el papel cedidos gratuitamente por la institución; anotadores compulsivos; eruditos «que ped[ía]n libros ilegibles hace siglos»; poetas que solicitaban su propio libro, proclamando a pleno pulmón que se trataba de una obra muy buscada; usuarios a los que les sonaba el nombre del autor pero no sabían el título de sus obras.

João do Rio cerraba su crónica con una anécdota curiosa, valiéndose de un estereotipo que, bien o mal, ilustra los desencuentros y vicisitudes entre los lectores y los funcionarios de la Biblioteca:

«He de recordar siempre que una vez, habiendo subido a la sala pública, me encontré con cierto joven de gafas discutiendo furioso con un auxiliar de densos bigotes.

El auxiliar decía, golpeando la ficha:

—¿Cómo quiere usted que yo sepa lo que desea, si escribe Larousse en dos palabras y sin una s? ¿Cómo quiere que yo descubra a Larousse en La Buse?

—Fue un lapsus, un claro lapsus —gritaba el jovencito. Y de repente:

—Bueno, pues ya no quiero más Larousse, quiero Hugo, *Chatiments* de Hugo.

Alrededor ya se habían ido juntando los curiosos y esperábamos la conclusión de la escena, como en el teatro. (...)

—No tenemos.

—No es posible. No tener los *Chatiments* del gran Hugo, de Víctor Hugo...

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>24</sup> El término «carácter» entendido como elemento individualizador e identificador de una persona fue tomado de CANETTI, E.: *O todo-ouvidos*, Río de Janeiro, Espaço e Tempo, 1989.

—¡Así que con ésas! Usted comienza a ser impertinente. ¿Duda? Pues venga a ver...

El joven se abalanzó, metió la nariz en el fichero y la sala vibró inmediatamente con su voz violenta:

—¡Claro! ¡Tengo o no tengo razón! Usted estaba buscando Victor Hugo en la letra U...»<sup>25</sup>.

Durante cuatro años, los ingenieros Napoleão Muniz Freire y Alberto de Faria siguieron de cerca la materialización del proyecto del palacio de ímpetu ecléctico que mezclaba elementos neoclásicos y soluciones inspiradas en la estética *art nouveau*. Las diversas etapas de la obra, desde los cimientos y el montaje de las estructuras de acero empleadas para dar solidez y sustento al edificio, los trabajos de albañilería y cantería, y también el acabamiento y la ornamentación fueron captados y eternizados por las lentes de Augustu Malta, fotógrafo oficial de la gestión Pereira Passos.

Al término de los trabajos resplandecía el imponente edificio de cinco plantas, proyectado inicialmente para acoger «un millón de libros impresos y toda la colección de manuscritos, estampas, colección numismática, etc.». En el centro de la fachada principal, un gran pórtico, sustentado por seis columnas corintias, era coronado por un frontón triangular de bronce, con la figura de la República flanqueada por las alegorías de la *Prensa*, la *Bibliografía*, la *Paleografía*, la *Cartografía*, la *Iconografía* y la *Numismática*. El conjunto, en relieve, fue ejecutado siguiendo la maqueta de Modesto Brocos, profesor de la Escuela de Bellas Artes. A lo largo de la fachada del edificio, grandes ventanas, guarnecidas con vidrios biselados, exhibían el emblema de la República, ofreciendo iluminación y ventilación. Todavía en la entrada, tres inmensos portones de bronce dan acceso al vestíbulo y, a continuación, un inmenso recibidor donde destacan la columnata toscana, la balaustrada de mármol, las frisas decoradas y los candelabros. Al fondo estaba la escalinata con verjas de protección en bronce con motivos florales y barandilla en latón dorado. Finalmente, en lo alto, una inmensa claraboya con cristales coloridos parecía estar sustentada por doce cariátides de yeso. El espacio interno del edificio fue dividido en varias salas, que pasarían a albergar las distintas secciones de la colección y el servicio técnico-administrativo, separadas todas ellas por paredes divisorias de madera y vidrio.

<sup>25</sup> Río, J.: *op. cit.*, pp. 256-257.

Todavía antes de la inauguración de las nuevas instalaciones, el director informaba al ministro de Justicia sobre el pedido de paneles decorativos para el salón de lectura y la respectiva galería:

«Se hicieron cuatro paneles en el salón y dos en la galería, donde terminaron faltando otros dos encargados al reputado artista Henrique Berardelli que no los pudo hacer a tiempo. Los que forman la serie del salón representan la *Imaginación*, la *Observación*, la *Reflexión* y la *Memoria*, y son de Modesto Brocos los dos primeros y de Rodolpho Amoedo los dos últimos. Los que hicieron en la galería son del pincel de Elyseu Visconti y representan la *Solidaridad Humana* y el *Progreso*. Estas decoraciones fueron pintadas sobre tela que fue pegada a la pared. Seleccioné los temas que me parecieron adecuados y a los artistas, considerados de los más competentes, confié su interpretación»<sup>26</sup>.

Si, de hecho, la obra requirió los mejores esfuerzos por buscar un estilo que reverenciaba al pasado y que podría producir un efecto edificante sobre los futuros usuarios, la organización de la Biblioteca tampoco dejaba de ser un elogio a la modernidad y la tecnología. El informe del director detalla toda esta parafernalia incorporada a la Biblioteca, destacando el mobiliario encomendado a la Art Metal Construction Compay (Jamestown, Nueva York) y a la Van Dorn Iron Works Company (Cleveland, Ohio), formado por estantes de varios tipos, mostradores y arcas resistentes al fuego y a la acción nefasta de seres bibliófagos; una «máquina de limpieza al vacío»; un «aparato transportador de libros (*book-carrier*)», que permitiría mayor rapidez en el traslado de los libros de los depósitos al salón de lectura; un sistema interno de envío de los formularios de solicitud de consulta por medio de tubos neumáticos, lo que exigió la instalación de un compresor de aire y la adquisición de «18 aparatos telefónicos Ericsson y un centro de 30 líneas para la red interna de la Biblioteca»<sup>27</sup>.

El día 29 de octubre de 1910, en una ceremonia que marcó la inauguración del nuevo edificio y el centenario de la institución, el director de la Biblioteca Nacional, Manuel Cícero Peregrino da Silva, acompañado por el presidente de la República, Nilo Peçanha, y el ministro de Justicia, Emeraldino Bandeira, abrió las puertas del

<sup>26</sup> «Relatório do Diretor em 1910», en *Anais da Biblioteca Nacional*, vol. 33, Río de Janeiro, 1911, p. 389.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 387-390.

«palacio de libros». Cupo al director el discurso oficial, que enfatizaba la magnitud del acontecimiento:

«Coronación de la gigantesca empresa que a 15 de Agosto de 1905 comenzó a ser ejecutada, la fiesta de hoy es la confirmación de mi pronóstico entonces expresado. La primera piedra colocada en aquella fecha, que resultó memorable, se transformó prodigiosamente en un magnífico palacio, sin que fuese alterado su primitivo destino.

Se esbozaba entonces la victoria de una causa noble y altruista. Era el prólogo de otra obra colosal, a cuyo epílogo estamos asistiendo en este momento.

El triunfo es ahora completo.

Es finalmente una resplandeciente realidad la instalación de la Biblioteca Nacional en un edificio para ella construido, aislado, vasto, incombustible, apropiado»<sup>28</sup>.

El acontecimiento recibió amplia cobertura de la prensa carioca, que, de manera unánime, destacaba la presencia de autoridades nacionales y de representantes de las delegaciones extranjeras en aquel espacio que albergaba la memoria de la cultura literata enmarcada en un edificio que dignificaba a la sociedad brasileña<sup>29</sup>.

Desafinando del coro de los advenedizos que, cegados por las proyecciones grandiosas del centro remodelado, se mostraban exultantes ante la suntuosa nueva sede de la Biblioteca Nacional, el escritor Lima Barreto señaló, desde un punto de vista bastante personal, los efectos perturbadores despertados por la monumentalidad del edificio entre sus habituales lectores y usuarios. El tono engolado empleado por este desterrado de la *Belle Époque* hacía explícitas algunas de las aporías del programa republicano, especialmente la falacia entre los límites de la ciudadanía y el restrictivo acceso al mundo de las letras:

«Poco frecuento la Biblioteca Nacional, sobre todo después de que se mudó para la avenida y ocupó un palacio americano. Mi alma de bandido tímido, cuando veo esos monumentos, los observa, tal vez, un poco, como

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 393-394.

<sup>29</sup> Cfr. «A inauguração de hoje, Bibliotheca Nacional», en *Jornal do Brasil*, 29 de octubre de 1910, p. 5; «Inaugura-se hoje o edifício da Bibliotheca Nacional na Avenida», en *Correio da Manhã*, 29 de octubre de 1910, p. 3; «Bibliotheca Nacional», en *O Paiz*, 30 de octubre de 1910, p. 3; «Bibliotheca Nacional», en *Jornal do Commercio*, 30 de octubre de 1910, p. 5.

un burro; pero, por encima de todo, como una persona que se asombra de admiración ante lujos innecesarios. (...) El Estado tiene curiosas concepciones, y esta de albergar una casa de instrucción, destinada a los pobres diablos, en un palacio intimidante, es de las más curiosas... ¿cómo es que el Estado quiere que los mal vestidos, los tristes, los que no tienen libros caros, los harapientos avancen por escalinatas suntuosas para consultar una obra rara? La vieja biblioteca era mejor, más accesible, más acogedora, y no tenía la petulancia de la actual. Pero, incluso así, amo la biblioteca y, si no voy, la sigo por las noticias»<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> BARRETO, L.: «A Biblioteca», en *Obras completas*, vol. XII, São Paulo, Brasiliense, 1956, pp. 37-38. Originalmente, este artículo fue publicado en el *Correio da Noite*, Río de Janeiro, 13 de enero de 1915.